

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
DEI VERBUM
SOBRE LA DIVINA REVELACIÓN

CUADERNO 4



CUADERNO 4
LA INSPIRACIÓN
(DV 11-13)

ANTONIO PITTA

La Biblia no ha sido escrita para los biblistas, ni el Quijote para los estudiosos de Cervantes, ni la *Divina Comedia* para los especialistas de Dante (L. ALONSO SCHÖKEL)

I. *EKKLESÍA* (18-11-1965); DV 11-13

18 de noviembre de 1965: es la fecha tallada en el lado derecho de la nave que está lista para zarpar según se echa al mar. El nombre con el que ha sido «bautizada» es *Ekklesia*. Junto a la fecha están marcadas las siglas «DV 11-13». DV por *Dei Verbum*, el título de la constitución del Concilio Vaticano II sobre la divina revelación. Los números 11-13 de la *Dei Verbum* son los párrafos sobre la inspiración y la interpretación de la Sagrada Escritura. El Espíritu es el viento que va a guiar al velero con pasajeros a bordo. La blanca embarcación se compone de tres altas velas, cada una de un color: rojo, blanco y verde. La brújula está bien calibrada con la rosa de los vientos a proa. Y se distinguen los principales vientos que se han de seguir en la travesía: mistral por el norte, levante por oriente, poniente por occidente y austral por el sur.

Está bien provisto de equipaje: entre otras cosas, cada navegante posee una biblia para leer durante el viaje. Cuatro años fueron necesarios para construir *Ekklesia*: desde diciembre de 1961, con el papa Juan XXIII y el inicio del Concilio, hasta noviembre de 1965, con el papa Pablo VI y la *Dei Verbum*. Fueron

años borrascosos con proyectos opuestos entre quienes intentaban defender a toda costa la inerrancia de la Biblia y quienes proponían un nuevo modo de entender la inspiración. ¡Las mejores obras nacen de los conflictos!

A continuación se construyeron otras embarcaciones a partir del modelo de *Ekklesia: Verbum Domini*, de Benedicto XVI y *Aperuit illis* de Francisco. ¡No se va más atrás de la nave de 1965! Es necesario mirar hacia delante, hacia los desafíos a los que *Ekklesia* se ve obligada a enfrentarse con el viento en popa. Recorramos brevemente las fases que atravesó.

1. El huracán

Los primeros años del Vaticano II fueron de todo menos pacíficos. Era encendido el desencuentro entre conservadores e innovadores. Al principio del Concilio fueron suspendidos de enseñanza los profesores Stanislas Lyonnet y Maximilian Zerwick. Fueron acusados de negar la existencia del pecado original. Suspendido de su cátedra, Lyonnet se dedicó a escribir *La historia de la salvación en la Carta a los Romanos*, que se convertirá en un clásico sobre la salvación en el pensamiento de Pablo. De nuevo, las mejores obras de arte nacen de los conflictos. Por suerte, bajo Pablo VI, ambos docentes fueron reintegrados en sus cátedras.

En 1957 fue llamado de España Luis Alonso Schökel para impartir el curso de hermenéutica del Instituto Bíblico. El profesor Luis, nacido en Madrid en 1920, había estudiado literatura en la universidad de Salamanca, ciudad de escritores como Miguel de Unamuno. Ingresó en la Compañía de Jesús e inmediatamente empezó a dar clases en la universidad de Comillas de Madrid. Su extraordinaria sensibilidad por la estética literaria no pasó desapercibida. Dedicó su tesis de doctorado, publicada en 1963, a la poesía judía. Alonso no fue suspendido de docencia, pero sí sufrió ataques violentos por parte de quienes le acusaban de negar la inerrancia bíblica. Proponía la inspiración y la interpretación de la Biblia según los cánones artísticos y literarios. Sin ignorar la contribución de otros expertos, *Ekklesia DV 11-13*

debe mucho a Alonso, sobre todo por el reconocimiento de los hagiógrafos y los escritores como autores reales y no como simples autómatas.

Durante el Concilio, Alonso redactó *La Palabra inspirada*, que vio la luz en 1966. El prefacio de esta obra maestra sobre la hermenéutica bíblica descubría una coincidencia: se escribió en Jerusalén en 1965, el mismo año que la *Dei Verbum*. La Biblia empezaba por fin a ser interpretada como obra literaria, sujeta a todas las coordenadas espaciotemporales de la literatura antigua y moderna. Para contrastar un conocimiento estático y fetichista de la tradición, considerada erróneamente como contrapeso a la Sagrada Escritura, Luis Alonso publicaba unos años después *Il dinamismo della tradizione* (1970), el mejor comentario a la *Dei Verbum* a día de hoy. La tradición no es un coco para alejar las innovaciones de la investigación, sino que pertenece al código genético de la Sagrada Escritura.

Al final de un largo currículum dedicado a la enseñanza y a algunos memorables comentarios a los Proverbios, los Salmos y a Job, Alonso regresaba a Salamanca y «soltaba las velas» para emprender el último viaje terrenal en 1998. La poética de Alonso Schökel trasluce en los párrafos de la *Dei Verbum* sobre la inspiración e interpretación de la Biblia.

2. El viento del Espíritu

«Para poder entender la palabra del Espíritu, el hombre debe recibir al Espíritu» (L. ALONSO SCHÖKEL, *Il dinamismo della tradizione*, Brescia 2011, 162). Alonso era hierático y patriarcal cuando impartía las lecciones sobre la inspiración. Por lo general, introducía estas clases con palabras de Pablo: «Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano, sino en el que enseña el Espíritu» (1 Cor 2,13).

Era uno de sus pasajes predilectos. Con un italiano impecable y acento español, Luis añadía: «Hay que leerlo en griego; traducido pierde toda su belleza: *didaktoîs pnèumatós, pneumatikoîs pneumatikà sygrínontes*. ¿Notáis la paranomasia producida por

el Espíritu?»). La paranomasia es la secuencia de términos similares, unidos por el mismo nombre: en este caso, *pneuma* sirve para subrayar la primacía del Espíritu sobre la Palabra de Dios en la vida de los creyentes.

El viento es necesario para cualquier embarcación: para una barca, un velero y una nave. El Espíritu es el viento que conduce *Ekklesia*, con la Biblia a bordo. El Espíritu nunca es el mismo, cambia continuamente. En griego se le denomina *pneuma* y adopta varios significados: «viento», «respiración», «aliento», «soplo», «fantasma», «espíritu» (del hombre) y «Espíritu» (de Dios). Mientras *ruah* es femenino en judío, *pneuma* es neutro en griego. Según una inclusión no programada, la primera y la última palabra de la Biblia es *pneuma*. Al Espíritu que flotaba sobre las aguas al principio de la creación (Gen 1,2), responden el Espíritu y la Esposa que dicen: «Ven» (Ap 22,17) en espera del esposo. Entre el principio y el epílogo, el Espíritu recorre la Sagrada Escritura con algunas cimas intermedias. El Espíritu de la creación es llamado por el Espíritu de la regeneración en un valle lleno de huesos secos (Ez 37,1-14). Durante el diálogo nocturno con Nicodemo, Jesús le revela que «el viento (*pneuma*) sopla (*pnei*) donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu (*pnéumatos*)» (Jn 3,8). Jesús pasa rápidamente del viento al Espíritu recurriendo al mismo término, pero atribuyéndole significados distintos. Con esfuerzo, ¡Nicodemo consigue seguirlo!

Sutil como «la voz del silencio» que el profeta Elías escucha desde una cueva en el monte Oreb (1 Re 19,12) o fuerte como el viento que llena la casa donde estaban reunidos los apóstoles en Pentecostés (Hch 2,2), el Espíritu es la coincidencia de los opuestos. Se parece al agua que busca una samaritana en el pozo (Jn 4,5-25). A veces aparece como lenguas de fuego que se posan sobre los que lo reciben (Hch 2,3) y otras veces se observa como una paloma (Lc 3,22). Se parece a la sangre transfundida en el corazón de los creyentes (Rom 5,5) y es simbolizado por el agua y la sangre cuando Jesús, «inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30-34).

3. Desde un pesquero hasta una nave alejandrina

Ekklesia DV 11-13 fue anticipada por varias embarcaciones llamadas con el mismo nombre. *Ekklesia* es la barca en el «mar» de Galilea que introduce la vida pública de Jesús y clausura sus apariciones como Resucitado. El evangelio de san Marcos cuenta que Simón y Andrés fueron llamados por Jesús mientras echaban sus redes al mar (Mc 1,16-18). Santiago y Juan fueron elegidos en la misma orilla mientras reparaban las redes en la barca de Zebedeo, su padre (Mc 1,19-20). Abandonada durante un tiempo, la barca reaparece al final del cuarto evangelio con siete pescadores a bordo (Jn 21,1-3). A lo mejor no era la misma barca, pero también esta se llama *Ekklesia* porque ni los discípulos del inicio ni su condición cambian después de Pascua. El número de siete indica para los pescadores la totalidad: alude a todos los creyentes llamados a seguir al Resucitado antes y después del fracaso de su seguimiento del Señor. Sin Jesús, ambas barcas de los discípulos trabajan toda la noche, pero no pescan nada. Con él las barcas corren el riesgo de hundirse por la prodigiosa pesca (Lc 5,1-11). De día se pescan solo alevines; el mejor pescado se pesca por la noche. El secreto para una pesca prodigiosa en pleno día está en la confianza que tienen los pescadores en Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5).

Son necesarias tres naves para el viaje a prisión de Pablo, desde Cesarea Marítima hasta Roma. La primera nave de Adramito parte hacia los puertos de la provincia de Asia. En Mira de Cilicia, el centurión Julio y sus soldados se embarcan en una nave alejandrina. Cuando estaban cerca de la isla de Creta se desencadena un huracán llamado Euroaquilón. La tempestad es violenta y se teme naufragar. Tras catorce noches a la deriva en el Adriático, Pablo infunde esperanza a los navegantes, toma el pan, lo rompe, da gracias y lo comparte. Realiza los mismos gestos de Jesús en su vida pública y en la última cena con sus discípulos. En la nave comen 276 personas y reposan en Malta ileños (Hch 27,1-28,10). El último viaje contado en los Hechos de los Apóstoles es por nave, y con la fracción del pan. La eucaristía es el pan necesario para enfrentarse a los huracanes que golpean

Ekklesia. El pan del viaje, por tierra y por mar, amasado para ser comido: nunca abandona a los navegantes, está con ellos hasta el último viaje. Por fin, tras un huracán y un viento del sur, la tercera nave alejandrina llega a Pozzuoli. La vida de cada uno es una odisea; pero cuando se emprende con la eucaristía en las manos, siempre se está en buenas manos.

El Espíritu es el viento que guía a los navegantes de *Ekklesia*, con la Palabra a bordo y el pan para compartir en el viaje. A primera vista la palabra del Maestro y el pan partido parecen realidades distintas, pero son interdependientes porque el único Espíritu hace presente al Resucitado (cf. Néophytos Edelby) en cualquier nave y en todos los mares.

4. De la letra al Espíritu

Theópneustos: la contraseña se toma en DV 11 de la segunda Carta de Pablo a Timoteo (2 Tim 3,16), su fiel colaborador en la evangelización. El término aparece por primera vez en esta carta. El adjetivo original está compuesto por *théos* (Dios) y *pneu-*, la misma raíz de *pneuma* (Espíritu). Volveremos al tema de la inspiración de la Sagrada Escritura que ocupa el papel protagonista en *Ekklesia DV 11-13*. Mientras tanto, detengámonos en la Escritura, útil «para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia» (2 Tim 3,16).

La Biblia es un conjunto de libros unificado tras siglos de historia. Los navegantes de *Ekklesia* saben que, de todos modos, se trata de un libro. Será considerado sagrado o santo por los creyentes, pero sigue siendo un libro compuesto de dos partes: el Antiguo (no el «viejo») y el Nuevo Testamento. Cuando los navegantes se disponen a leerla en su habitación y en compañía de dos o más personas, la Biblia se transforma en «Palabra de Dios» o sencillamente en «Palabra». La Escritura se confunde a menudo con la Palabra de Dios. La distinción no debería tener el efecto contrario porque induciría a minusvalorar el libro sagrado. Sigue siendo verdad que la Escritura contiene la Palabra de Dios como el panal la miel o el tronco la savia. Sin embargo, la distinción es necesaria porque, como religiones de la Palabra, el

judaísmo y el cristianismo veneran la Sagrada Escritura como «código» esencial de la alianza entre Dios y su pueblo.

Para distinguir el libro o el rollo (según las antiguas modalidades de composición) y la Palabra de Dios, hay que recorrer dos visiones contadas por Ezequiel y el Apocalipsis. En la primera visión, se le pide al profeta Ezequiel comerse el rollo para comunicar el mensaje del Señor a los israelitas (Ez 3,1-12). El rollo que tiene que comer Ezequiel antes de partir es dulce como la miel en la boca: «Todas las palabras que yo te diga, recíbelas en tu corazón y escúchalas atentamente» (Ez 3,10). Juan de Patmos reescribe la visión, pero con algunos cambios originales. Al vidente del Apocalipsis se le pide coger el libro abierto por la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra. Se asiste esta vez al contraste entre la miel en la boca y el amargor en el estómago (Ap 10,8-11). Cuando se acoge con el Espíritu de la profecía, la Biblia es el alimento cotidiano del que no se puede prescindir. En el pasaje de lo exterior a lo interior se decide la transformación de la Biblia en Palabra de Dios.

La distinción entre letra y Espíritu para la Escritura es abordada por primera vez por Pablo. Cuando reflexiona sobre el don de la ley (Ex 31,1-34,34), recuerda que, como se está al servicio de la nueva alianza, la letra mata mientras el Espíritu vivifica (2 Cor 3,6). Bien mirado, la contraposición no es entre la ley mosaica (o *nomos*) y el Espíritu, sino entre la «letra» (*gramma*) y el «Espíritu» (*pneuma*). En la práctica, la letra es lo escrito no alimentado por el Espíritu que por esto es incapaz de vivificar. En cambio, cuando la letra es generada por el Espíritu, se realiza el tránsito de la antigua a la nueva alianza. Para subrayar el paso de una alianza a la otra, la nueva alianza (2 Cor 3,6) no sustituye a la antigua (2 Cor 3,14). Más bien, el Espíritu vivifica la única alianza transformándola en nueva. Esta transfiguración o transcendencia de la letra en Espíritu, o de la Biblia en Palabra de Dios, ocurre cuando el Espíritu sigue hablando en *Ekklesia*, que se prepara para partir. Sin el Espíritu, *Ekklesia* es una barca incapaz de navegar. Con el Espíritu, la nave parte veloz y asiste a la transformación de la Escritura en Palabra inspirada.

Antes de *Ekklesia DV 11-13*, Dante Alighieri ya intuía la imprescindible unión entre el Espíritu, *Ekklesia* y la Palabra. En

el Canto XXIX del *Purgatorio*, Dante es invitado por Matilde a contemplar «la procesión de la Sagrada Escritura». La Iglesia es un carro guiado por un grifo, símbolo de la naturaleza humana y divina de Jesucristo. La procesión de la secuencia de los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, introducida por las «flamas [al] venir delante» (v. 73) y «las siete listas» (v. 77). Los siete candelabros abren y cierran la procesión «deteniéndose allí con las primeras enseñas» (v. 154). Divinamente inspirada, toda la Sagrada Escritura, cuando es guiada por el Espíritu, se transforma en Palabra de Dios para *Ekklesia*.

II. EL DOBLE PUERTO DE LOS AUTORES

«De forma que obrando él en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y solo lo que él quería» (DV 11).

Empujada por el poderoso viento austral, *Ekklesia* se dirige hacia el norte para alcanzar «el puerto de los autores». Una vez llegada a la primera meta, la nave entra en un original doble puerto: uno menor y el otro mayor. El doble puerto de los autores es singular, ya que *Ekklesia* se ve forzada a transitar del puerto menor al mayor y no al contrario. De este modo es la relación entre el autor de la Biblia y los autores que se han ido alternando a lo largo de los siglos para escribir los libros que la componen. Para alcanzar esta meta, *Ekklesia* ha realizado un viaje peligroso, corriendo varias veces el riesgo de ir a la deriva bajo el ímpetu de los vientos. Cuando el Espíritu es un viento en pleno vigor, a *Ekklesia* no le queda más remedio que secundarlo, porque si no, se rompen las velas y corre el riesgo de hundirse. El largo viaje hacia el doble puerto de los autores llega a buen fin y los navegantes se preparan para contemplar el puerto más variopinto del mundo.

1. El puerto menor

El primer puerto al que *Ekklesia* llega es el del autor humano. Aunque para los creyentes —judíos y cristianos— la Biblia tiene a Dios como autor principal, hay quien la considera sola-

mente como un conjunto de textos que se tienen que tratar según los cánones de la investigación literaria. La contribución histórica y literaria es imprescindible para cada libro bíblico. Incluso los que creen que la Biblia contiene la Palabra de Dios no deben minusvalorar su calidad literaria. En realidad, es imposible llegar al puerto mayor en nave sin pasar por el puerto menor.

Antes de *Ekklesia DV 11-13*, ambos puertos eran considerados de otra manera. Los hagiógrafos o «escritores de las cosas santas» eran considerados como simples redactores de lo que dictaba Dios a través del Espíritu. Estaba difundida la idea de que cada término que habían escrito había sido dictado a la letra por Dios sin ningún tipo de variación. Pero cuando nos percatamos de que un mismo acontecimiento presente en el Antiguo y el Nuevo Testamento había sido contado de manera distinta por dos o más autores, el principio de la inspiración directa empezó a tambalearse. Baste pensar en las últimas palabras de Jesús en la cruz. Aunque cada evangelista habla del grito de Jesús antes de morir, ninguno lo refiere con las mismas palabras. Entre las soluciones más remendadas, se proponía juntar todas las palabras de Jesús en la cruz sin profundizar en que las motivaciones y la finalidad de lo que relatan Marcos y Mateo son totalmente distintas a lo que escribieron Lucas y Juan. *Ekklesia DV 12* puso fin a la idea de que el hagiógrafo fuese una especie de autor con un guion que recitar de memoria. Los autores de cada texto bíblico no son autómatas, ni unos simples actores, sino «verdaderos autores» (DV 11).

El pequeño puerto en el que atraca *Ekklesia* está compuesto por muchas rocas esmeriladas que reflejan innumerables colores. No hay un muro igual a otro en color, forma o tamaño. Cada autor humano tiene su propia «intención», como reconoce DV 12, cada una distinta de la otra. Por este motivo, corresponde al intérprete buscar el sentido que el autor «quería expresar y de hecho ha expresado». Cuanto más profundice el intérprete en la intención del autor de cada pasaje de la Biblia, estará en mejores condiciones de captar el significado o los significados más apropiados. El autor es un hombre de su tiempo, con todas las similitudes y diferencias del propio texto con respecto al de otro autor.

Antes de pasar al puerto infinito del autor divino, los pasajes de *Ekklesia* son invitados a pararse el mayor tiempo posible

en el puerto menor. ¿Cuál es el color de la ensenada donde se refleja la breve y fascinante narración del evangelio según Marcos? ¿Por qué la ensenada dedicada al evangelio según Lucas es mayor, aun tratándose de una narración evangélica? ¿Cuál es la forma o el género literario del evangelio según Juan? Es necesario intentar aclarar el ambiente en el que los autores humanos vivieron, se formaron y redactaron sus textos.

Vuelven a aflorar algunas tentaciones en cuanto se recorre el puerto menor de los autores. Sobre todo, la irresistible tentación de querer llegar inmediatamente al inmenso puerto del autor. ¿De qué sirve indagar sobre el género y el ambiente en el que vivió el evangelista Mateo? ¿Importa que su evangelio sea «Palabra de Dios» durante la celebración eucarística? Es una frustración cuando luego se confronta la idea que un intérprete tiene del Evangelio según Mateo respecto de otros intérpretes. Los biblistas no son como los cardiólogos: no practican una ciencia exacta sino aproximativa. Cada uno de ellos piensa distinto del otro. Estas y otras tentaciones que naufragan en el escepticismo son legítimas, pero se tendrían que encarar por la riqueza que los autores comunican a los lectores. El primer puerto que hay que atravesar es el del autor humano porque el autor último se ha tomado en serio la condición humana: se ha hecho cargo de ella para entretenerse con cada uno como «con un amigo».

Dialogar con los seres humanos es más difícil que dialogar con Dios. Por eso, el puerto menor no puede ser ignorado como si no existiese. El resultado sería infeliz: cada uno piensa lo que quiere del puerto mayor porque, total, es imposible conocer la intención de Dios. Si el autor humano de un texto bíblico no es un simple actor, ni un autómatas, sino un autor de carne y hueso, ¿cómo hay que considerar entonces su relación con el autor último? ¿Qué relación tiene el puerto menor con el mayor?

2. Un carisma profético

El «plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos» (DV 12) es el palo mayor de *Ekklesia*. La Palabra de Dios no es un oráculo que ha caído del cielo, sino que transita siempre por

las palabras humanas. Es la Palabra de Dios entre una y otra comunicación escrita y dicha, inseparable de las palabras humanas. Con el lenguaje de la Biblia, esta es Palabra que remite al carisma de la profecía. Cuanto más esté *Ekklesia* en el puerto menor del autor humano, más reconocerán los navegantes las corrientes que transitan entre un puerto y otro. Para poder verlo, hagamos una comparación: se está como en Corintio o Taranto, la ciudad de los dos mares, donde un mar se une al otro con varios matices. Además del viento austral que se introduce en los dos puertos, el Espíritu es el agua encrespada que los une. Cada autor humano de la Biblia ha recibido el carisma de la profecía que le permite hablar con otros interlocutores en nombre del autor. Mientras *Ekklesia* está atracada en el puerto menor, los navegantes escuchan lo que manda la segunda Carta de Pedro: «Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios» (2 Pe 1,20-21).

Cuando nos encontramos con una persona de cualidades extraordinarias, se suele decir: «¡Tiene carisma!». No importa que sea creyente o no creyente; lo que cuenta es su carisma. El término de «carisma» procede del griego *chárisma*, sustantivo compuesto por *charis* que significa «gracia» o «don» y del sufijo *-ma* que sirve para expresar su concreción. El carisma de la profecía aúna a todos los autores de las páginas bíblicas. ¿Cuáles son las características del carisma profético reconocible en cada autor humano de la Escritura? La pregunta surge cuando *Ekklesia* se encuentra en el paso obligado entre el puerto menor y el mayor del Mar del Norte.

El carisma profético es, ante todo, como todos los demás carismas, un don del Espíritu y no una conquista humana: «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Cor 12,7). No está solo en cuestión «el bien común», sino también su utilidad para cada uno. Si el carisma de la profecía caracteriza a los autores es porque el don no está solo reservado a ellos, sino que engloba a los destinatarios para quienes es dado el carisma. El pasaje de 2 Pe pone de manifiesto que, «movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de

parte de Dios». El verbo utilizado para describir la acción del Espíritu de la profecía es «movidos» o «llevados», «conducidos» (*pherómenoi*) por el Espíritu. El carisma de la profecía «mueve» al autor humano a escribir lo que el Espíritu le comunica para los demás y no para sí mismo.

El carisma profético de la Escritura sigue el trazado de la afinidad electiva que aúna cada obra de arte con respecto a la naturaleza que representa. Si una persona «no tiene carisma», es incapaz de representar o describir lo que querría. Para el autor humano de la Sagrada Escritura, el carisma profético es la afinidad electiva en la producción artística.

En este esquema, para quien habla en nombre de Dios y movido por el Espíritu es esencial la relación entre la «explicación privada» y el carisma de la profecía. Si cada carisma es dado para una utilidad común y personal, con mayor razón el de la profecía sirve como filtro entre la Palabra de Dios y la palabra humana. Ningún autor de la Escritura habría puesto por escrito lo que transmitió a los destinatarios presentes y futuros si no se hubiera dado un horizonte comunitario.

Cuando *Ekklesia* hace escala en el puerto de los autores durante mucho tiempo, los navegantes entienden que lo que leen en la Biblia se refleja en los innumerables colores de los muros de roca que atraviesan. Entre la Biblia escrita y la que se contempla en los muros del doble puerto, el Espíritu realiza la comunicación profética entre la palabra humana y la divina. Además de en Jesús, «el profeta» por antonomasia, el carisma profético es especialmente agudo en autores como Pablo de Tarso. Desde que dicta su primera carta, Pablo recuerda a los tesalonicenses que no acogieron su palabra durante su primera evangelización «como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes» (1 Tes 2,13).

DV añade una última característica del carisma profético: «Teniendo en cuenta la tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe». La expresión de «analogía de la fe» en relación con la profecía se encuentra por primera vez en la Carta a los Romanos (12,6). A primera vista, la analogía de la fe podría hacer pensar en la fe con la que se cree o la que se cree, como condición para recibir el carisma profético de la Escritura. En ese caso,

la fe de un autor humano sería un condicionante para recibir el carisma de la profecía. En realidad, la expresión de «analogía de la fe» se entendería como el «metro de la fe» que se menciona en Rom 12,3. La analogía o la medida de la fe no trata de la fe que cada uno tiene en el Señor, sino del «metro de la fe» o de la «fiabilidad» recibida del Señor. El carisma profético de la Escritura es dado a cada autor según su propia estatura interior y su condición humana. Al autor humano le corresponde escribir y dictar lo que está en grado de comprender de la Palabra que Dios le confía. Para cumplir con esa misión, el autor se sirve necesariamente del lenguaje y del modo de pensar propio de su tiempo. No hay ningún autor de la Escritura que no comunique según el modo de pensar y hablar del tiempo en el que vivieron, con todas las limitaciones y la profundidad del propio carisma.

Por tanto, en cuanto carisma profético, el confiado a cada autor de la Escritura es un carisma que transita por su humanidad según el tiempo y el espacio en el que vivió. Solo así es posible captar la belleza y la profundidad de DV 12: «Dios ha hablado en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana». La Palabra de Dios y la palabra humana son inseparables: como las aguas de un mar que se juntan a las de otro en el doble puerto de los autores.

3. **En el puerto del autor**

La intención del autor humano es el vehículo imprescindible para llegar al autor divino. De este modo, el puerto menor introduce en el puerto mayor, un puerto sin fronteras. ¿En qué se distingue el puerto menor de los autores del mayor de Dios? Varias son las aportaciones del autor divino a cada autor de la Escritura.

Ante todo, el puerto mayor del autor considera la Escritura en su unidad. La Biblia es un conjunto de libros de variada amplitud y origen diverso. El autor divino confiere unidad a este «gran código» (Northorp Frye) que no pretende homologar en absoluto las diferencias de cada libro, sino conservarlas en la unidad de la relación entre Dios y los seres humanos. No es casualidad que DV 12 aluda entre otras cosas «a la unidad de toda

la Escritura» como la condición para captar la variedad de los sentidos que aparecen en cada uno de los textos. Entre las coordenadas principales que atraviesan uno y otro Testamento resaltan la alianza, el Mesías, la fidelidad, las promesas, la descendencia de Abrahán, el culto con el templo y el sacerdocio y la profecía. De manera distinta y con acentos propios, cada texto se pone en el surco de algunas coordenadas que confieren unidad a la Escritura. Se trata de corrientes diversas que atraviesan sin interrupciones el doble puerto de los autores.

Al Espíritu se le debe en última instancia la unidad de la Escritura transformada en Palabra de Dios. Al mismo tiempo, el Espíritu es el viento que guía *Ekklesia* hasta llegar a los dos puertos y el agua de los dos mares. El Espíritu de Dios es para la inspiración de la Escritura lo que la «inspiración» artística es para quien realiza una obra de arte. Quedémonos en la inspiración artística y divina; mientras tanto, es fundamental reconocer que, sin el Espíritu, la Escritura no se transforma en Palabra de Dios y que esa transformación solo se realiza con su acción. El Espíritu efectúa la unidad y la conversión de toda la Escritura en Palabra de Dios. Contra peligrosas separaciones entre uno y otro Testamento —por desgracia, siempre en detrimento del Antiguo Testamento—, es el mismo Espíritu el que inspira las dos partes principales de la Escritura. Una de las primeras herejías que la Iglesia se vio obligada a atacar en sus inicios se debe a Marción, que tendía a rechazar el Antiguo Testamento a favor del Nuevo. Las Iglesias particulares tomaron distancia del «marcionismo»: «El Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo y el Antiguo Testamento es revelado en el Nuevo» (Agustín de Hipona).

En la unión entre el Espíritu y la Escritura se asiste a la transformación de la letra en Palabra y de la Palabra en acontecimiento. El griego de la Biblia conoce dos modos de designar la «Palabra de Dios»: *lógos Theòu* y *rhēma Theòu*. Ambas expresiones atañen a la misma realidad de la revelación divina, pero mientras *lógos* se limita a la «palabra», *rhēma* pone el acento en su realización, en su hacerse. Cuando el Espíritu transforma la Escritura en «palabra de la fe» (Rom 10,8) ya no es solamente *lógos*; se convierte en «palabra realizada» (*rhēma*) en el momento en el que se dice. Por eso, los creyentes son exhortados a re-

cibir «la espada del Espíritu que es la palabra (*rhēma*) de Dios» (Ef 6,17). Según el mismo trazado, «la Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón» (Heb 4,12).

Una vez que se ha entrado en el puerto infinito de la revelación, *Ekklesia* reconoce plenamente su propia identidad: se llama y es *ekklēsia*, pueblo convocado por el Señor para escuchar y nutrirse de su Palabra. La carta *Aperuit illis* del papa Francisco recuerda en su n. 4 dos acontecimientos que muestran bien la idea sobre la relación entre el autor divino y el pueblo del Señor. Con motivo del retorno del exilio de Babilonia, el pueblo del Señor se reunió en la plaza de la Puerta de las Aguas de Jerusalén para ponerse a la escucha de la ley. «Como un solo hombre» (Neh 8,1), el pueblo disperso reencuentra su unidad en torno a la Palabra del Señor. La unidad de la Escritura es unidad del pueblo ya que la una es impensable sin el otro. La Palabra de Dios no existe sin el pueblo a quien es dirigida; ¡existe la Biblia, pero no la Palabra! A su vez, el pueblo es incapaz de reencontrar la unidad sin la Palabra de Dios. El pueblo redescubre su propia identidad alrededor de la Palabra de Dios, «como un solo hombre».

Algo análogo sucede cuando el Resucitado alcanzó a los apóstoles y «les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras» (Lc 24,45). Para los creyentes en Cristo, la asamblea reunida en torno a la Palabra se pone en escucha del Resucitado. Revela la misión de *Ekklesia* explicando las Escrituras. Regresaremos a la relectura de las Escrituras con la presencia del Resucitado; mientras tanto, las coordenadas que hemos manifestado demuestran la multiplicidad de los sentidos que asume la Escritura en el puerto sin límites del autor. El Espíritu es el viento austral que guía *Ekklesia* desde el puerto menor de los autores para introducirla en el puerto infinito del autor último.

III. EL PUERTO DE LA INSPIRACIÓN

El levante sopla donde sale el sol y amanece la mañana. Después de haber atracado durante mucho tiempo en los dos puertos

de los autores, *Ekklesia* suelta velas hacia el puerto oriental. El recorrido que gira desde el norte hacia oriente es menos peligroso que el anterior porque el viento del levante es más fiable que el austral y las velas se mueven al unísono. El viaje está en mar abierto sin muchos imprevistos ya que el Espíritu que empuja la nave es el mismo que la acoge en el puerto de levante. Por eso, el puerto oriental es conocido como «puerto de la inspiración». A distancia parece que *Ekklesia* encuentra en este puerto el atraque más natural. No faltan imprevistos, pero son abordables y no crean muchos sufrimientos para los navegantes. Uno de los axiomas más fascinantes de DV 12 hacen seguro el viaje y el amarre de la nave: la Escritura «hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió». ¿Cómo se da la inspiración de la Escritura? ¿A qué interlocutores implica? ¿Y cuándo termina?

El paso del puerto de los autores al puerto de la inspiración es necesario porque revela las razones últimas por las que la intención de cada autor humano es insuficiente para la Escritura. ¿Por qué adopta siempre nuevos significados la Escritura a pesar de los siglos que atraviesa? ¿Se podrá llegar a un único significado para un libro bíblico, aun el más breve, como la Carta a Filemón que solo está compuesta de 25 versículos?

1. Los tres vectores de la inspiración

«¡Parece inspirada!»: es la primera reacción delante de una obra de arte. Una poesía, una novela, un cuadro, una escultura, una canción, una música encuentran su razón de ser en la inspiración. Un cuadro deja indiferente al visitante si no está inspirado. Cuando DV 12 afirma que la Escritura debe ser leída e interpretada con la luz del mismo Espíritu con la que fue escrita, se apropia de la inspiración artística y la aplica a la Biblia. Porque, como afirmaba el Pseudo-Longino, «el arte es perfecto cuando se parece a la naturaleza; y la naturaleza es sobresaliente cuando contiene escondido el arte» (*Il sublime*, 22). La Biblia es una sublime obra de arte como relación constante entre Dios y el pueblo, reproduce su relación con sumo realismo.

El principio del Pseudo-Longino atraviesa la historia de la estética; con el tiempo fue profundizado, pero responde a la relación esencial entre naturaleza y arte. No está en cuestión el naturalismo, sino una relación natural necesitada de una frecuentación constante. Pensar comprender la Biblia con espontaneidad es caer en un realismo que desilusiona en poco tiempo al lector. No es naturalismo, sino la afinidad electiva o la congenialidad la que injerta la «técnica» continua que lleva a la expresión artística. Entre naturaleza y arte, la Biblia ve la unión de tres intenciones o inspiraciones generadas por el Espíritu: la del autor, la del texto y la del lector. Parémonos en estas tres intenciones procurando evitar algunas derivas para *Ekklesia*, que ya ha llegado al puerto de la inspiración.

2. **La inspiración del autor**

Durante las millas iniciales, a los pasajeros de *Ekklesia* se les pide recordar el puerto de los autores. Uno de los malentendidos más fáciles es pensar que la inspiración de la Biblia es la suma de las intenciones de los autores. La intención divina recogería así las intenciones de cada autor humano involucrado en la Biblia. DV excluye esta deriva porque pone la inspiración del lector con la del autor humano. Para ser leída con el mismo Espíritu con el que ha sido escrita, la Biblia exige que la inspiración continúe para el autor humano, para el texto escrito y para cada lector. En el Mar del Norte, *Ekklesia* se ha visto forzada a atravesar el puerto menor para alcanzar el mayor porque la intención del autor es imprescindible para transitar de un puerto al otro.

Sin embargo, a menudo se sigue sentenciando «la muerte del autor» (Roland Barthes), sobre todo para la Biblia, porque se supone que su intención no sirve por tener toda la ventaja la intención del autor divino. Si bien es cierto que, por tratarse de Dios, cada uno se siente con derecho de atribuirle cualquier intención, no es menos cierto que esto significa un abuso de la intención del lector. Si se mira bien, DV 12 no habla de dos intenciones —la del autor humano y la del autor divino— sino

solo de la intención de los hagiógrafos como vehículo de todo lo que «plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos». Hemos precisado anteriormente que el primer nivel de la inspiración bíblica atañe el carisma del autor humano. El fascinante prólogo de la Carta a los Hebreos recuerda que «en muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1,1-2). La Palabra de Dios pasa siempre por la intención del autor inspirado y nunca se da una oposición. No existe una Palabra de Dios que sea distinta de una palabra humana porque «Dios ha hablado en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana» (DV 12).

Otra deriva sobre la inspiración bíblica pasaba bajo el nombre de *sensus plenior*. El método sonaba más o menos así: aunque el autor humano no haya tenido esa intención a la hora de escribir la página bíblica, la unidad de la Escritura habilita a pensar en un significado más amplio y pleno. Así se decreta de nuevo la muerte del autor: cada uno defiende todo y lo contrario porque el todo se encuentra en el sentido pleno de la Escritura. Por tanto, para quien haga sonar el toque de difuntos contra la intención del autor, es necesario recordar que la primera e indispensable inspiración sucede en la comunicación entre el puerto infinito del Autor divino y el limitado del autor humano. La Escritura ve una constante transfusión del Espíritu en el corazón del autor humano.

3. La inspiración del texto

Una vez producido, un texto es como un hijo: crece hasta poder andar solo. Si esto vale para cualquier texto, con mayor razón lo es para la Biblia. Para sus relaciones intra y extratextuales, cada libro bíblico adquiere múltiples significados que se derivan de su relación con el autor y el lector. El ejemplo del Cantar de los Cantares es de los más emblemáticos. El autor lo considera el mejor cantar sobre la relación amorosa entre el esposo y la esposa. En la Biblia, el Cantar se convierte en uno de los códigos más fascinantes sobre la relación entre Dios y su pueblo. Muy pro-

bablemente, el autor del Cantar no había pensado escribir bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sin embargo, no hay ningún versículo del Cantar que no adopte nuevos significados dependiendo del ambiente en el que se lea.

La inspiración del texto sagrado no concierne solo al autor; implica el texto que adopta nuevos y variados significados al convertirse en «palabra inspirada». Por lo tanto, aunque el autor no haya tenido ninguna intención de pensar en la relación entre Dios y su pueblo con el Cantar, el texto adquiere distintos significados, todos pertinentes, por la red de relaciones que introduce. Para la inspiración del texto, el riesgo de la interpretación ilimitada es inminente. Por eso, la inspiración del autor es el timón que guía el texto en el mar de la interpretación. Sin embargo, restringir el sentido textual al del autor es constreñirlo. La autonomía del autor comprende la del texto y una se hace garante de la otra. DV 12 no se refiere solamente al Espíritu que guía al autor cuando escribe su texto, sino que se extiende a la Sagrada Escritura... escrita por el mismo Espíritu.

En levante el Espíritu inspira a cada autor y el texto sigue siendo del autor, pero está en condiciones de crecer en los múltiples significados que asume en el tiempo y el espacio; de este modo, se revela como «obra abierta» (Umberto Eco). Anclado en la intención del autor, que sigue igual y nunca sería minusvalorada, el texto bíblico transporta nuevas intenciones en las que quizá el autor ni siquiera había pensado cuando lo redactó. Cualquier texto literario, con mayor razón el bíblico, está en grado de producir significados siempre nuevos porque contiene la Palabra de Dios que pasa por la humana.

4. **La inspiración del lector**

DV 12 es una esmeralda iridiscente ya que pide a cada destinatario que lea e interprete la Escritura con el mismo Espíritu con el que fue escrita. A menudo, se tiende a minusvalorar la intención y, por lo tanto, la inspiración del lector por temor a confundir la inspiración con la revelación divina. Si se mira bien, para el creyente, la revelación divina llega a su culmen con la

muerte y resurrección de Cristo. En Cristo, el sí de Dios es definitivo y no hay nada más que haya de ser revelado. Sin embargo, eso no niega que, «robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior», los creyentes deban «lograr abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo» (Ef 3,16-18).

El carisma de la profecía en el autor inspirado que ya hemos mencionado vale igualmente para el lector y para cada intérprete de la Sagrada Escritura. El episodio del eunuco, funcionario de la reina Candace, ilustra la inspiración del lector con respecto a la del autor y la del texto. El supervisor está leyendo el pasaje del profeta Isaías dedicado al Siervo sufriente: «Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca» (Is 53,7-8; Hch 8,32-33). El funcionario confiesa no saber a quién se refiere el pasaje. Por lo tanto, ignora tanto el sentido del autor como el sentido del texto. Solo la intervención de Felipe permite al eunuco ser evangelizado sobre Jesús y ser bautizado. Sin el Espíritu no hubiera comprendido el impacto de ese texto sobre la pasión de Jesús y su propia existencia. La inspiración del lector es tan esencial como la del autor y la del texto, ya que el Espíritu que actúa en el autor y en el texto prosigue en el lector. En esta unión se realiza la «fusión de los horizontes» (H. G. Gadamer) entre el autor y el lector a través del texto bíblico. Cuanto más crece la relación en esta triple inspiración generada por el Espíritu, más lleva al puerto infinito en el que *Ekklesia* estuvo en el Mar del Norte. La inspiración generada por el levante se parece a «la voz del silencio» escuchada por el profeta Elías en el monte Oreb: una brisa tan leve que solo se reconoce en el silencio de quien escucha la Palabra. Gregorio Magno aclara bien la intención del lector: «Sé por experiencia que muchas cosas de la Palabra de Dios que no habría comprendido por mí mismo, las pude entender estando delante de los hermanos. De este modo ocurre que, por don de Dios, crece la comprensión de las Escrituras cuando por vosotros aprendo lo que enseño; y a menudo escucho con vosotros lo que digo» (*Homilias sobre el profeta Ezequiel*, 2, 2, 1). Embelesada en el puerto de la inspiración, *Ekklesia* está preparada para partir hacia el puerto occidental.

IV. EL PUERTO DE LA SALVACIÓN

Cautivada por el Espíritu, *Ekklesia* necesita orientarse sobre las diversas intenciones del autor, el texto y el lector. ¿A quién o qué hay que preferir? Si toda la Sagrada Escritura contiene la verdad de Dios, ¿es posible establecer una jerarquía sobre las verdades que transporta? ¿O todas las verdades tendrían que ser aceptadas como tales, sin nada que objetar? Hay quien ve que algunos pasajes de la Biblia afirman que el sol gira alrededor de la tierra y no lo contrario. Quedándose en la letra, ya que solo Dios tiene derecho sobre la vida humana, habría que evitar cualquier transfusión de sangre o donación de órganos. Muchos son los interrogantes que deja la Biblia sin respuesta con respecto a las verdades científicas y naturales que se ignoraban en el momento en el que se redactaron los textos. Por este motivo, es necesario que *Ekklesia* se dirija con decisión al poniente en vez de apuntar hacia el sur. El trayecto de DV 11-13 también se dirige hacia occidente. «Los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11).

Antes de que la nave dejara el astillero del Concilio Vaticano II, este párrafo ya había creado encendidos debates. ¿Es necesario seguir hablando de inerrancia en la Sagrada Escritura o es necesario cambiar de manera de pensar sobre la cuestión de la verdad bíblica? Guiados por el Espíritu, se nos orienta desde levante hacia poniente donde la inspiración de la Escritura se relaciona con la verdad de la salvación.

1. «Por nuestra salvación»

Cuando *Ekklesia* recorre la ruta de levante a poniente, llega a *sotería*, el puerto occidental más salubre del mundo. *Sotería* es «salvación» y, a primera vista, parece el puerto más natural y seguro, pero es el más inestable a causa de los continuos maremotos. *Sotería* interesa a todos, pero cada uno busca su propia ruta hacia la salvación. El hecho es que cuando se habla de salvación, se tiende a darse la vuelta, mientras que cuando la salud empeo-

ra, se multiplican los balnearios de la salud. *Sotería* tendría que ser expresado con «salud» o «sanidad» y no con «salvación», porque si no el puerto corre el riesgo de ser abandonado por todas las naves dirigidas hacia el poniente.

«Por nuestra salvación» o por nuestra «salud»: este es el fin último de la Sagrada Escritura, que no aborda diversas cuestiones como son la evolución de la especie humana, las donaciones de órganos, la bioética y la psiquiatría. Lo que realmente le importa más al autor divino de la Biblia, al Espíritu que la genera y regenera, es la salud de cada persona en cualquier tiempo al que pertenezca y en cualquier condición en la que se encuentre. Sin embargo, para no recorrer atajos banales y populistas, *sotería* declara desde el inicio que la salud buscada por la Sagrada Escritura no es solo la del alma, como se pensaba antes de DV 12, ni solo la del cuerpo, como se prefiere en nuestro tiempo. La salud es una cuestión seria porque afecta a cada persona y a las relaciones con los demás y con el propio ambiente. Por lo tanto, en el puerto de la salvación no interesa solo la salud del cuerpo —antes o después, cada uno tendrá que abandonar el suyo— sino la salud de la persona en su integridad individual y relacional.

Si los pasajeros del *Ekklesia* siguen leyendo la Biblia que recibieron a bordo es porque han entendido que su salud/salvación pasa por la asimilación de la Palabra de Dios para que se haga carne y sangre de su propio cuerpo. Mientras *Ekklesia* está en el puerto de la salvación, se está en escucha de la parábola del sembrador (Mc 4,3-9). El relato del sembrador que esparce con generosidad la simiente de grano en distintos tipos de terreno: en el camino, en suelo pedregoso, entre espinas y en el fértil. La semilla tirada en el camino es la más infeliz porque los pájaros se la comen de inmediato. La que cae en terreno pedregoso germina en poco tiempo, pero el sol la quema. La que cae entre espinas, parece crecer bien, pero las zarzas la ahogan. Por último, la semilla que cae en buena tierra produce el treinta, el sesenta y el ciento por uno.

La Palabra de Dios es la simiente echada por el sembrador a cada tipo de terreno: en este cae la responsabilidad de acogerla del mejor modo porque de ella depende la fecundidad y, por lo tanto, la salud del terreno. No se trata de un descuido por parte

del sembrador echar la semilla de la Palabra por todas partes. Este hecho sirve para subrayar que la simiente de la Palabra llega a todos. Corresponde al corazón humano predisponerse de la mejor manera para acoger la semilla de la Palabra. También es relevante la proporción del fruto: la simiente es para todos, pero cada uno responde de forma distinta dependiendo de su propia disponibilidad. Para todos los tipos de terreno citados en la parábola, es válida la prioridad que se le dé a la simiente. Esto exige constancia en los cuidados a pesar de las adversidades, darle prioridad por encima de cualquier otra preocupación y, sobre todo, una escucha incondicional. Satanás, siendo consciente de que la escucha es condición de salvación, ¡intenta por todos los medios arrancar la Palabra de Dios sembrada en el corazón humano! El judaísmo y el cristianismo son religiones de la Palabra y no del libro y también religiones de la escucha. Mientras los pasajeros escuchan la parábola del sembrador, el silencio es sepulcral: todos entienden que su salud/salvación depende de la escucha de la Palabra.

2. **La escucha, la fe y la salvación**

Ha transcurrido una semana desde que *Ekklesia* arribara al puerto de la salvación. Antes de retomar el viaje hacia la meta final, se les pide a los pasajeros que busquen en su Biblia un párrafo de la Carta a los Romanos. En Rom 10,5-13, Pablo se detiene en la justicia (o justificación por la salvación) y relee un pasaje del Deuteronomio (30,12-14). Según el texto del Antiguo Testamento, la Palabra de Dios no está lejos del cielo, pero tampoco del infierno: está en la boca y el corazón de los que quieren ser salvados. Pablo comenta el pasaje recordando que con el corazón se cree para obtener la justicia y con la boca se hace la confesión de fe para recibir la salvación. La trayectoria de la salvación debería ser clara: nace de la escucha de la Palabra con el corazón y alcanza la boca con la fe para ser recibida como don. Si no se interioriza, la Escritura nunca se convertirá en Palabra de Dios, no se transformará en confesión de fe ni procurará ninguna salvación ni salud.

El lugar privilegiado donde la Palabra de Dios desea establecerse es en el corazón humano. Incluso siendo una simple bomba, el corazón es el órgano principal para la salud. Cuando el corazón funciona, todo el cuerpo es irrigado a través de sus arterias, desde la cabeza hasta los pies. Sin embargo, la religión del corazón no se confunde con la de los sentimientos, sino con un corazón en escucha, como el que pidió a Dios el rey Salomón: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal» (1 Re 3,9). Si el propio corazón está dispuesto a escuchar, las demás partes del cuerpo se benefician y están en buena salud. Y, al contrario, un corazón incapaz de escuchar es fuente de enfermedades físicas e interiores. La Palabra de Dios no es solo fuente de conocimiento e inteligencia; es antes de nada fuente de salvación y salud para el alma y el cuerpo.

Una de las mayores dificultades que encuentra el hombre de nuestro tiempo afecta a la escucha sincera de la Palabra. Basta con participar en cualquier tipo de asamblea para comprobar que se está más preocupado en hablar que en escuchar. Un corazón que escuche es condición *sine qua non* para la fe y la salvación. Y ya que la fe depende de la escucha (Rom 10,17), un corazón que no escucha carece de fe y de salud. Los oídos y los ojos del corazón son indispensables para escuchar y ver cómo la Palabra interiorizada es mucho más que una palabra de conocimiento e inteligencia. Es más bien Palabra que salva y, salvando, da la salud necesaria.

3. ¿Quién es digno de coger el libro?

El fin último de la Palabra de Dios es la salud y/o salvación de cada ser humano; es todo lo que el puerto de la salvación, *sotería*, comunica a los pasajeros de *Ekklesia* que está ya lista para partir. Antes de reemprender el viaje, se despiden con la visión de Apocalipsis 5,1-5 que pone de manifiesto la necesidad de abrir el libro de la salvación. Juan de Patmos ve al que está sentado en el trono con un libro en la mano. El libro está escrito dentro y fuera y está herméticamente cerrado con siete sellos.

Como no se encuentra digno de coger el libro, Juan se pone a llorar a lágrima viva. Al final, uno de los ancianos le suplica no llorar más: «Ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos» (Ap 5,5). Cuando coge el libro, se eleva un cántico nuevo en el que se reconoce que el Cordero es digno de recibir el culto porque ha sido inmolado y ha rescatado con su propia sangre a los hombres de todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones (Ap 5,9-12).

Para los creyentes, la salud o la salvación pasa siempre por la Palabra de Dios que se revela plenamente en Jesucristo. Con el típico simbolismo del Apocalipsis, el acontecimiento central de la salvación es la cruz de Cristo, donde el «cordero ha sido inmolado». La cruz, con la muerte y resurrección de Cristo, es la condición imprescindible para abrir el libro de la vida y desatar los siete sellos. A partir de ese momento, la Escritura encuentra su principal clave de acceso en Cristo, el sí definitivo de Dios y la salvación de todos los seres humanos.

El proceso subyacente a la visión del Cordero es decisivo. Sin «el león de la tribu de Judá», el libro de la historia de la salvación sigue sellado. Como le ocurre a Juan, ninguno encuentra el sentido ni el fin último de su propia vida. La salvación solo se hace accesible a todos con él y en él. El puerto de la salvación es tal porque Jesucristo es el Salvador que sana cualquier herida humana. El llanto en lágrima viva de Juan es expresión del sufrimiento más profundo del hombre cuando no tiene a Cristo.

Uno de los títulos más difundidos para la divinidad en el mundo antiguo es *sotér* (salvador), atribuido sobre todo a Asclepio o Esculapio, dios de la salud. Suyo es el símbolo de las dos serpientes retorcidas que aparece en las insignias de las farmacias modernas. Como estas, los santuarios dedicados a Esculapio eran los más frecuentados del imperio. Los creyentes en Cristo le atribuyen a él y a su cruz la salud física e interior: es el fármaco o la medicina para cualquier tipo de enfermedad. Con todas las curas y terapias que existen, no se debería olvidar que la salud es un bien precioso que hay que custodiar y esperar al mismo tiempo. Y como no hemos sido hechos para una patria terrena sino celestial, los creyentes confiesan la fe en una salud presente

y futura. Tienen una ciudadanía en el cielo del que esperan como Salvador a su Señor Jesucristo, que transfigurarán su pobre cuerpo en un cuerpo conforme ya al cuerpo glorioso de Cristo. Por su fe en él, está llamado a ser transfigurado por el poder que tiene de someter a sí todas las cosas (Flp 3,20).

Sin minusvalorar la salud y/o la salvación presente del cuerpo y del alma, la Palabra de Dios anticipa la transfiguración y la transcendencia de la Escritura más allá y a través de lo escrito y lo dicho. La Palabra de Dios no se preocupa ni tampoco está interesada en cuestiones diferentes a las de la salvación. El gran desafío designado a *Ekklesia*, antes de partir del puerto de la salvación es identificar los continuos cambios en la búsqueda de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, hacerlos suyos para compartir una salvación presente y futura.

V. EL PUERTO DE LA CONDESCENDENCIA

El viento seguro del mistral guía *Ekklesia* hacia el Mediodía. Occidente ya está atrás y es necesario alcanzar el punto más meridional del mundo. La nave emprende un viaje en rápido descenso: resbala como el aceite hasta «el puerto de la condescendencia». El original nombre del puerto es tomado de uno de los mayores Padres de la Iglesia, Juan Crisóstomo, que habla de *synkatábasis*. Así, DV 13 rinde los honores a un gigante de la Iglesia antigua: «En la Sagrada Escritura, pues, se manifiesta, salva siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable “condescendencia” de la sabiduría eterna, “para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de palabra ha uso teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza”».

¿Qué es la condescendencia divina que se realiza en la Palabra de Dios? ¿Por qué es el punto terminal de los números dedicados a la divina revelación en la *Dei Verbum*? ¿Y por qué sigue siendo uno de los centros de gravedad de la Sagrada Escritura? El terreno ya se ha preparado en parte en el puerto de la salvación del que parte *Ekklesia* para dirigirse al Mediodía con el mistral en popa.

1. La condescendencia

Uno de los movimientos más sencillos y frecuentes de la vida cotidiana es el descenso y el ascenso por una colina, un monte, una ciudad, un palacio. Cada día uno baja y sube las escaleras de su casa, si vive en una comunidad de vecinos. La subida y la bajada son también cifras para hablar de una carrera en subida o en bajada. En griego se dice *anábasis* para la subida y *katábasis* para la bajada. Sin embargo, Juan Crisóstomo utiliza un término compuesto del prefijo *syn-* que significa «con», y *katábasis* para el descenso. El de la Palabra es un descenso compartido con la humanidad a la que se une. No es un descenso solitario, sino que está siempre acompañado por el Espíritu. Cuando *Ekklesía* está entrando en el último puerto, a los navegantes se les pide escuchar uno de los oráculos más fascinantes sobre el descenso y el ascenso de la Palabra de Dios.

El profeta Isaías compara la palabra (*rhēma*) de Dios a la lluvia y la nieve que no regresan a él sin antes haber fecundado la tierra (Is 50,10-11). El profeta usa a propósito el término judío de *dābār*; traducido en griego con *rhēma* y no con *lógos*, para designar la palabra que se realiza en el momento en el que es dicha. En esto la Palabra de Dios no es como la palabra humana que necesita tiempo para realizarse y está sujeta al beneficio del inventario. La Palabra de Dios es creativa y operativa: se realiza cuando es dicha. Aunque a menudo no se ve, siempre produce efecto sobre el terreno que alcanza. Un efecto invisible a los ojos de la mente, pero no a los del corazón, capaces de ver más allá de lo visible y lo tangible. La Palabra de Dios produce un efecto seguro a pesar de todas las incertidumbres y dudas del corazón humano. Un efecto que solo pide la fe en el que se convierte con el tiempo en oyente infatigable de la Palabra del Señor. La Palabra de Dios es efectiva porque es afectiva en el sentido de que nace del cuidado del Señor por cada uno.

Unida al Espíritu, la Escritura se transforma en Palabra de Dios y realiza «la inefable benignidad de Dios» (DV 13). En su totalidad e integridad, la Palabra de Dios es el vehículo privilegiado para la manifestación de la benignidad de Dios. La «benignidad de Dios» remite al precioso himno de la Carta a

Tito (3,4-5) dedicado a la benignidad y la filantropía de Dios por los seres humanos. El término de «filantropía», elegido en el original griego, es rico en significado. A menudo se tiene un conocimiento superficial de la filantropía, olvidando que Dios es el primer filántropo porque, por amor a los seres humanos, los salvó mediante «nuestro salvador Jesucristo». A causa de esa inconcebible filantropía, Dios sigue regenerando y renovando con su Espíritu.

2. El sí de Dios en Cristo

Una vez llegada a destino, *Ekklesia* entra en el puerto más seguro y tranquilo de los que ha visitado: el puerto de la condescendencia, donde el agua es tan cristalina que se vislumbra el fondo del mar. Es paradójico que un puerto tan atestado como este no se haya entumecido con las descargas de las naves. Esta es la paradoja de la condescendencia y de Jesucristo que se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Flp 2,6-11).

En la época del Nuevo Testamento se había difundido la divinización de los emperadores romanos hasta el punto de que el filósofo Séneca compuso el *Apokolokyntosis*, un libelo satírico contra la divinización de las calabazas. Por lo general, todos los emperadores eran divinizados tras su muerte. También se divinizaban a los héroes, considerados como semidioses, como fue el caso de Heracles. El elogio de Flp 2,6-11 canta el recorrido contrario: Cristo ha descendido de su condición divina a la humana haciéndola suya hasta una muerte propia de los esclavos: la crucifixión. No podía descender más abajo, desconcertando cualquier concepción sobre las divinidades antes y después de él. En la población se creía que también los dioses aparecían a veces con semblanza de ser humano o de animal. Pero cuando salían mal parados, regresaban a su condición divina. Solo Jesús se ha vaciado de sí mismo hasta compartir la muerte de cada persona humana. La condescendencia de la Palabra de Dios se transforma en la paradoja de la condescendencia de Jesucristo con la condición divina a la humana.

La cruz de Cristo es la revelación máxima de la Palabra de Dios: Dios ha hecho de Jesucristo sabiduría, justificación, santificación y rescate para todos (1 Cor 1,20) y la revelación de Dios llega a su culmen con el Crucificado no para crear una religión pesimista, sino porque coincide la máxima distancia y cercanía entre Dios y los seres humanos. En la cruz de Cristo, el «sí» de Dios permanece para siempre y el único «no» se lo ha dirigido a sí mismo con la humanidad de Cristo. Esta es la filantropía de Dios que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos (Rom 8,32).

La máxima revelación de la Palabra de Dios se ha realizado en Cristo, no tanto porque en él la naturaleza divina se une a la humana, sino más bien porque su cruz es el acontecimiento más paradójico de la historia humana. Sin el Crucificado (y no solo la cruz), el cristianismo se vacía de su propia identidad y no tiene nada más que decir ni que dar a los hombres y mujeres. Con el Crucificado, la humanidad de cada uno es asimilada en todo menos en el pecado. Lo que no implica que se trate de una asimilación menor, sino más bien que no sea posible ninguna asimilación mayor. El efecto que ha producido el terremoto de la cruz de Cristo es el puerto de la condescendencia donde los navegantes concluyen su viaje y *Ekklesia* está a salvo.

3. **La Palabra encarnada**

Antes de que los navegantes de *Ekklesia* abandonen el puerto de la condescendencia, son convocados para escuchar el prólogo del evangelio según Juan (1,1-18). Lo introduce la afirmación final de DV 13: «Las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres». Es estupenda la analogía entre las palabras de Dios, semejantes al hablar humano, y el Verbo hecho semejante al hombre.

El prólogo del cuarto evangelio relata la encarnación de la Palabra: de la preexistencia a la encarnación y la revelación del Padre. Su punto de gravitación es la encarnación de la Pala-

bra: «Se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). El *lógos* no es solo el «verbo», como se ha traducido en varias versiones, sino la «palabra» que comprende cualquier comunicación verbal y no verbal. La encarnación de la Palabra es impensable a nivel humano: se hace *farx* o carne de la carne humana, con toda su caducidad y sus limitaciones. La afirmación es un dique contra cualquier forma de aparente humanización de la divinidad. En Jesús, la Palabra no parece, ni tampoco es «semejante a ...», sino que «se hace carne». Su ser no es un modo aparente de semejarse, sino que es tan real que cada persona refleja su humanidad.

El verbo que describe la total humanidad de la Palabra está cargado de significado: «acampó entre nosotros», no simplemente «habitó». El verbo original es *skēnoō*: deriva de *skēnē*, la tienda que en el Antiguo Testamento es el lugar y el símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. La tienda expresa la condición nómada del ser humano en el éxodo que tiene que recorrer, en sentido físico y simbólico. En especial, en el éxodo de Egipto, «la tienda del encuentro» es el lugar donde el Señor se entretiene con Moisés y le habla como a un amigo (Ex 33,11). No hay mejor modo de expresar la relación que la Palabra de Dios instauro con los destinatarios: una relación de amistad caracterizada por el reconocimiento de sí mismo en el otro. Con la Palabra encarnada que es Jesús, Dios comparte el éxodo de cada persona en el mundo y establece con ella una alianza que nunca falla.

El epílogo del prólogo sobre la parábola histórica de la Palabra que subyace es fascinante: «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). Esta vez, el verbo elegido es *exēghéomai*: no significa «revelar», ni «manifestar», como se ve en varias traducciones, sino «explicar», «interpretar» o «relatar». El término está emparentado a *exēghēsis*, de donde procede «exegesis». La Palabra que era desde el principio se ha hecho carne para explicar y contar a los seres humanos todo lo que es posible conocer de Dios. El comentario más apropiado se encuentra en el prólogo de la primera Carta de Juan, donde se afir-

ma que «la Palabra de la vida» ha sido oída, vista, contemplada y tocada con las manos para que se realice la comunión entre los creyentes (1 Jn 1,1-4). En Cristo, los creyentes reconocen y confiesan la encarnación de la Palabra y no solo la transformación del pan y del vino en su cuerpo y sangre. La encarnación de la Palabra precede incluso al pan verdadero descendido del cielo porque, haciéndose carne, anticipa la carne de Jesús que hay que comer para alcanzar la vida eterna. La entera existencia terrena de Jesús hasta su muerte en la cruz es la revelación plena de la Palabra de Dios que pasa por la carne y la humanidad que asume plenamente.

Los navegantes de *Ekklesia* concluyen su viaje guiados por la Escritura transformada en Palabra de Dios, capaz de colmar su hambre y sed de verdad. Se le debe a Pablo VI una de las oraciones más profundas sobre Jesucristo como salvador: «Oh, Cristo, nuestro único mediador, te necesitamos para vivir en comunión con Dios Padre; para que contigo, que eres el Hijo único y nuestro Señor, podamos convertirnos en sus hijos adoptivos y seamos regenerados en el Espíritu Santo».

EPÍLOGO LAS VELAS

La circunnavegación de *Ekklesia* acaba en el sur, desde donde emprenderá otros viajes. Antes de arriar las velas, los navegantes —desde el capitán a los pasajeros— se dedican a hacer fotos para inmortalizar el primer viaje a bordo de *Ekklesia*. En la memoria de cada uno permanece el motivo más original de DV 11-13: «Como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió...» (DV 12). En latín es más conciso y, hay que reconocerlo, más bello: «Sed, cum Sacra Scriptura eodem Spiritu quo scripta est etiam legenda et interpretanda sit...».

¿Y cómo hay que leer e interpretar la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que se escribió? DV 11-13 no entra en detalles; lo hará la Pontificia Comisión Bíblica con *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993). Sobre el puerto de la ins-

piración, hemos observado que la densa expresión comprende el sentido del autor, del texto y del lector en una sublime sinfonía. La sinfonía de las velas es condición esencial para un velero. En la introducción hemos mencionado el color de las tres velas: rojo, blanco y verde. La secuencia no es fortuita, sino que refleja el sentido «espiritual» de la profundización de la Escritura en los dos primeros milenios (H. de Lubac) que fue retomado por Benedicto XVI en *Verbum Domini*, 37: «La letra enseña los hechos, la alegoría lo que se ha de creer, el sentido moral lo que hay que hacer y la anagogía hacia dónde se tiende» («*Littera gesta docet, quid credas allegoria, moralis quid agas, quo tendas anagogia*»). En el «doble puerto» hemos subrayado el pasaje obligatorio del puerto menor de los autores al de mayor del autor, con el riesgo de caer en una interpretación arbitraria e incontrolada.

Como la secuencia de las tres virtudes es introducida por primera vez por Pablo en 1 Tes 1,3, la disposición de las velas en *Ekklesia* sigue el orden de 1 Cor 13,7: «El amor todo lo cree, todo lo espera». Cuando se ha interiorizado, la Escritura genera ante todo el amor (no la caridad): el amor de Dios en Cristo por los seres humanos, entre las personas y de estas por Dios. La primera vela es del amor porque sin amor no se es nada. La segunda vela es blanca porque refleja la fe en la muerte y resurrección de Cristo: es el color más difundido en *Ekklesia*. La tercera vela es verde porque el Espíritu ha sido derramado en nuestro corazón (Rom 5,5). Las tres velas, como las tres virtudes, no desentonan, sino que navegan al unísono, empujadas por el único Espíritu que las sopla.

En el periplo hacia los cuatro puertos —de los autores, de la inspiración, de la salvación y de la condescendencia— el Espíritu crea una sincronía admirable entre las velas desplegadas. En la «procesión de la Sagrada Escritura», como hemos denominado el Canto XXIX del *Purgatorio*, Dante describe las tres virtudes comparándolas a tres mujeres mientras bailan en torno al carro (la Iglesia) guiado por el grifo (Jesucristo)

Tres mujeres en derredor de la diestra rueda
iban danzando; una tan roja
que apenas dentro del fuego sería notada;

La otra como si la carne y los huesos
hubieran sido de esmeralda hechos;
la tercera blanca como nieve recién nevada
(*Purgatorio*, Canto XXIX, 121-126)

La lectura «espiritual», en el sentido más literal del término (perdonen el oxímoron), no es una opción entre muchas a disposición del intérprete, sino que es esencial de la Sagrada Escritura ya que el único Espíritu inspira la intención del autor, del texto y del lector (John Henry Newman). De la sinfonía entre la letra y el Espíritu en *Ekklesia* depende, en última instancia, el camino sinodal de la Iglesia contemporánea. Antes de ser «camino juntos» o en procesión, el sínodo más urgente es el de una nave guiada por el Espíritu y la Palabra de Dios que, de otro modo, corre el riesgo de naufragar. ¡Las mejores obras nacen de los conflictos!